



MACHU PICCHU, construido sobre el cerro del que toma su nombre, en el valle del río Urubamba, a 2.400 metros de altitud, fue un complejo residencial y ceremonial erigido por el Inca Pachacuti hacia 1450. Se considera una obra maestra de la arquitectura e ingeniería incas.

LOS SEÑORES DE LOS ANDES

El Imperio de los incas

En el siglo XV, toda el área andina quedó bajo el dominio de los poderosos soberanos de Cuzco. Los Hijos del Sol impusieron su ley mediante su temible ejército, su vasta red de carreteras y el trabajo obligado de sus súbditos

ISABEL BUENO BRAVO
DOCTORA EN HISTORIA DE AMÉRICA



PRIMER ENCUENTRO ENTRE INCAS Y ESPAÑOLES. MANUSCRITO CON IMÁGENES DE POMÁ DE AYALA, 1537. MUSEO ARQUEOLÓGICO, LIMA.

ART ARCHIVE

LOS HIJOS DEL SOL

1200-1300

Manco Capac funda Cuzco. Cien años después, Inca Roca será el primer emperador.

1400-1438

Viracocha amplía sus dominios a expensas de collas y chancas, con la ayuda de los lupaca.

1438-1471

Las conquistas del Inca Pachacuti sientan las bases del *Tahuantinsuyu*, el Imperio inca.

1471-1493

Tupac Inca Yupanqui somete a los chachapoyas y toma Chan Chan, la capital de los chimúes.

1493-1527

Huayna Capac dedica gran parte de su reinado a consolidar conquistas y a sofocar revueltas.

1527-1533

A la muerte de Huayna Capac se desata la guerra civil entre sus hijos

Huáscar y Atahualpa, el vencedor. En 1533, el conquistador Pizarro ordenará su ejecución.



KERO, VASO RITUAL INCA, DE MADERA POLICROMADA. SIGLOS XVII-XVIII. MUSEO DE BROOKLYN.

CORBIS



BITTERBACH / AGE FOTOSTOCK

SACSAHUAMÁN, a dos kilómetros de la ciudad de Cuzco, con sus 3.700 hectáreas, es el mayor complejo arquitectónico inca. Pachacuti lo empezó a contruir en el siglo XV, pero no fue acabado hasta un siglo más tarde, bajo el gobierno de Huayna Capac. Es, a la vez, fortaleza, conjunto ceremonial y almacén.

En los siglos antiguos toda esta región de tierra que ves eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes [...]. Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó de ellos, y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinasen en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol [...] y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad».

Así recordaba el Inca Garcilaso de la Vega, a finales del siglo XVI, lo que un tío suyo le había contado en su niñez sobre los orígenes del pueblo inca. Los protagonistas del relato eran una pareja de hermanos, Manco Capac y Mama Ocllo, nacidos a orillas del lago Titicaca, en plena cordillera de los Andes, quienes, por orden del Sol, emprendieron un viaje hasta fundar una nueva ciudad: Cuzco. De estos dos héroes fundadores nació la dinastía de los trece Incas. No existen datos verdaderamente históricos relativos a los primeros de estos soberanos, los llamados Incas legendarios. En cualquier caso, sus dominios no sobrepasaron el área de Cuzco. Fue en el si-



glo XV, bajo Pachacuti Inca Yupanqui, el noveno Inca, cuando se inició la expansión del Imperio con la derrota de los feroces chancas y la conquista de Cajamarca y la zona del Títicaca. Su hijo Tupac Inca Yupanqui amplió nuevamente las fronteras, venciendo a los pendencieros chachapoyas y apoderándose del territorio chimú. Durante su reinado, los incas se anexaron el territorio de los actuales estados de Ecuador, Bolivia, Chile y Argentina.

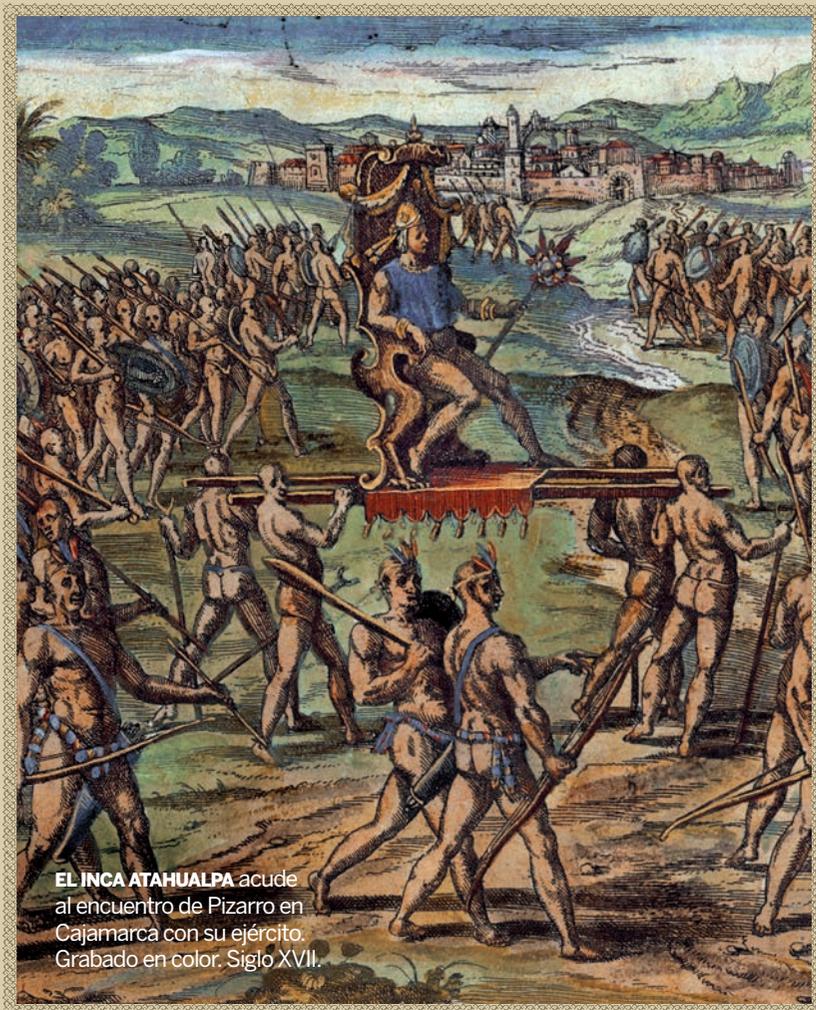
UNA SOCIEDAD MUY JERARQUIZADA

Este vasto espacio, que a principios del siglo XVI comprendía 12 millones de habitantes, se encontraba bajo la autoridad suprema del emperador: el Inca, el Hijo del Sol. Éste residía con su familia en Cuzco, en un palacio que cada soberano construía de nuevo, rodeado por sus esposas e hijos, los otros linajes reales, y sus ministros y sacerdotes. La sucesión se realizaba de padre a hijo y, aunque no regía el principio de primogenitura, el heredero debía ser uno de los príncipes o *auquis* habidos con la esposa principal, la *coya* (o *colla*). Cuando aquél alcanzaba la mayoría de edad se iniciaba en las tareas de Estado. Lógicamente, el hecho de que hubiera varios candidatos al trono fomentaba las intrigas y las luchas de poder, sobre todo porque cada príncipe constituía un

linaje propio, o *panaca*, que apoyaba sus intereses. Es sabido que estas disensiones dinásticas propiciaron la conquista del Imperio inca en 1532 por Pizarro, quien supo aprovechar la situación de guerra civil entre los hermanos Huáscar y Atahualpa para imponerse.

Los principales cargos religiosos y administrativos eran ocupados por los miembros de las distintas *panacas*. Los españoles les llamaron «orejones» porque sus enormes pendientes distendían los lóbulos de las orejas exageradamente. Esta élite real se organizaba a través de complejas normas de parentesco y estaba, asimismo, vinculada a los jefes provinciales —los *curacas*— y al cuerpo de administradores. Todos ellos gozaban de múltiples privilegios, como trasladarse en litera, vestir telas finas, protegerse con quitasoles, y tener concubinas y servidores, los *yanacunas*. Por debajo se encontraba la gran masa de población, los *hatunruna* o «gente común». Eran ellos los que mantenían el Imperio con su trabajo, del que el Inca se apropiaba a través de una institución que perviviría bajo el dominio español: la *mita*, una prestación de trabajo o servicios por la comunidad.

El Imperio inca, también llamado incario, era un Estado militar. Contaba con un ejército poderoso y bien entrenado, que se nutría de la *mita*. Ésta permitía



EL INCA ATAHUALPA acude al encuentro de Pizarro en Cajamarca con su ejército. Grabado en color. Siglo XVII.

BPK / SCALA

CAMINOS INCAS: LAS ARTERIAS DE LOS ANDES

El Imperio inca estaba vertebrado por 40.000 kilómetros de carreteras y vías. Las principales eran la vía real, que desde Quito descendía hacia el sur hasta llegar a Argentina y Chile, y la vía de la costa, desde Tumbes hasta Talca; ambas confluían en Cuzco. Esta red fue ampliada por Pachacuti, aunque muchos de los caminos ya existían antes.

CADA 20 KILÓMETROS había construcciones llamadas *tambos* que servían para que descansaran los viajeros –funcionarios, mensajeros o soldados, ya que no estaba permitida la libre circulación–, y para almacenar grano, armas y otros bienes. Algunas eran sencillas, pero otras constituían verdaderos complejos militares que daban cobijo a las tropas durante sus continuas campañas militares. Del mantenimiento de los *tambos*, como de los caminos, se encargaban los *hatunruna*.

LOS CAMINOS se adaptaban al terreno. Los de la sierra salvaban acantilados con escaleras excavadas en la roca o túneles que horadaban la montaña. En cambio, los que discurrían por la costa estaban protegidos de la erosión de la arena con tapias, y los transeúntes gozaban de sombra con los árboles que se plantaban a ambos lados y bebían agua de los caños que salpicaban el camino.

reclutar un elevadísimo número de soldados en la mejor edad para combatir. Los más jóvenes marchaban al frente, y los demás se dedicaban a labores de utillaje y abastecimiento; los soldados se renovaban mediante los turnos obligatorios y el ejército siempre estaba «descansado». Además, el sistema vial facilitaba la comunicación entre los diferentes puntos del Imperio y permitía la circulación de las tropas con rapidez. Éstas podían abastecerse o descansar en los *tambos* o depósitos que salpicaban los caminos, donde se guardaban alimentos y armas. Las campañas militares podían ser de larga duración, y a veces estaban dirigidas por el Inca o por alguno de sus generales, aunque los responsables últimos eran, en la práctica, soldados cualificados.

DUEÑOS DE LOS HOMBRES

Las conquistas del ejército inca daban pie a grandes celebraciones. Pachacuti, por ejemplo, a la vuelta de una exitosa campaña que había durado cuatro años, fue recibido por el enardecido pueblo de Cuzco, deslumbrado por una comitiva jamás vista, formada por jefes aliados, botín de guerra y prisioneros. Éstos fueron sacrificados en la plaza de Aucaypata y sus cráneos convertidos en vasos o *keros* para hacer su brindis al Sol.

Tras la conquista de un territorio se procedía a la incaización de sus habitantes a través de la imposición de la religión oficial, el culto al Sol, y el idioma quechua. Los dioses y *curacas* del pueblo vencido eran llevados a Cuzco. Se colocaba a las divinidades capturadas en un templo que un cronista español comparaba con «el Panteón de los Romanos [...] y con esto les parecía que tenían seguras las provincias ganadas, con tener como rehenes sus dioses». Los *curacas*, por su parte, aprendían el quechua, requisito imprescindible para ejercer un cargo oficial, y luego regresaban a su lugar de origen acompañados por maestros que enseñaban el nuevo idioma a la población, mientras sus primogénitos permanecían en Cuzco como rehenes para proceder a su adoctrinamiento y evitar la posible traición de sus padres. Si esto no bastaba para asegurar la fidelidad al Imperio, se ponía en práctica el sistema de *mitimacs* o traslados forzosos de poblaciones enteras que eran deportadas a tierras lejanas. El desarraigo quebraba los vínculos internos de los pueblos sometidos, lo que cortaba de raíz cualquier atisbo de rebelión.

Los territorios conquistados se mantenían unidos gracias a un sofisticado sistema administrativo. El Imperio estaba dividido en cuatro regiones o *suyos* para fa-



FORTALEZA DE PISAC, situada en el valle sagrado. Levantada por el Inca Pachacuti, formaba parte del impresionante circuito fortificado que los incas construyeron en esta zona para proteger la capital, Cuzco.

GIULIO ANDREINI

cilitar su administración; de hecho, el nombre que los incas daban a sus dominios, *Tahuantinsuyu*, significa «las cuatro regiones». Cada *suyo* o región estaba gobernado por un *suyoyocapu*, que era un representante del soberano, generalmente un hermano o tío de éste. Los cuatro *suyoyocapu* formaban un consejo de gobierno que asesoraba al Inca. Cada *suyo* se dividía en territorios de 40.000 habitantes, gobernados por *curacas* que gozaban de cierta independencia política.

Sin embargo, la libertad de acción de estos *curacas* quedaba limitada por el hecho de que sus hijos residían en Cuzco como prueba de su fidelidad y porque, además, tenían a su lado a dos enviados directos del Inca: el *apun-chic* o gobernador militar, y los *tucuiricuc*, una suerte de inspectores (su nombre en quechua significa «los que lo ven todo») que se ocupaban, en especial, del reclutamiento de los efectivos necesarios para el ejército y de los hombres que debían trabajar en los campos y las infraestructuras del *Tahuantinsuyu*.

Para articular el Imperio, los incas tuvieron que vencer enormes obstáculos geográficos. Para comunicar tierras separadas por elevados montes e innumerables barrancos y quebradas se construyeron túneles y escaleras horadadas en la roca, o puentes colgantes, a más

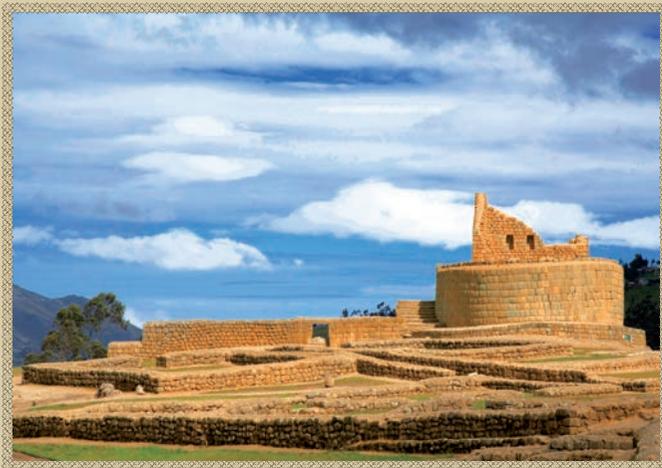
de 5.000 metros de altura, elaborados con fibras que ponían «cierto miedo cuando se miraban, por parecer medios tan flacos y frágiles», como refería el jesuita Acosta. Disponían de un servicio de balsas pequeñas de totora (*juncos*) y otras más grandes llamadas *oroyas* que, a modo de transbordadores, transportaban personas y mercancías. Se creó una extensa red de caminos y un eficaz sistema de postas basado en los *chasquis* o mensajeros, capaces de llevar un mensaje de Quito a Cuzco en seis días, haciendo relevos cada seis kilómetros.

EL TODOPODEROSO HIJO DEL SOL

En el Imperio inca, el Estado lo controlaba todo. Todos los bienes productivos —principalmente la tierra, pero también el ganado— pertenecían al Inca, aunque en la práctica los recursos se dividían según el sistema que los especialistas denominan «tripartición». En cualquier población, por pequeña que fuera, un tercio de los bienes se reservaba para el Inca, otro se destinaba al culto del Sol y el otro tercio quedaba en manos de la comunidad; esta proporción, sin embargo, podía variar en función de la riqueza de cada zona. Sólo existía la propiedad privada para las posesiones del Inca, quien podía transmitir las a los miembros de su linaje



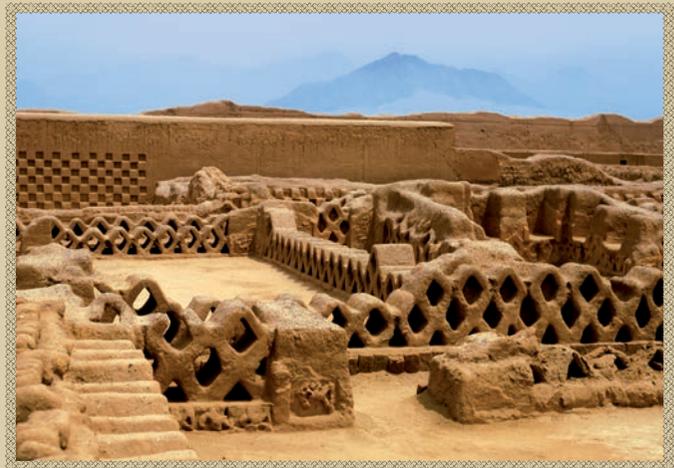
EL VASTO REINO DE LOS ANDES



MERILL / CORBIS

1 INGAPIRCA, CAPITAL DE LOS CAÑARIS

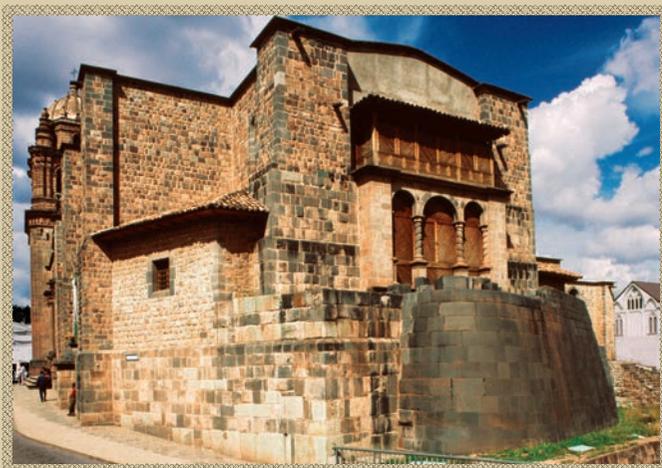
TUPAC INCA YUPANQUI emprendió la exitosa conquista de los pueblos del Ecuador. Tras vencer a los cañaris residió un tiempo en Ingapirca, su capital, donde erigió un gran complejo palaciego y religioso. Desde allí ordenó construir puentes y caminos. El que unía Cuzco y Quito constituyó la columna vertebral del Imperio.



JOSE FUSTE RAGA / AGE FOTOSTOCK

2 CHAN CHAN, LA GRAN CIUDAD CHIMÚ

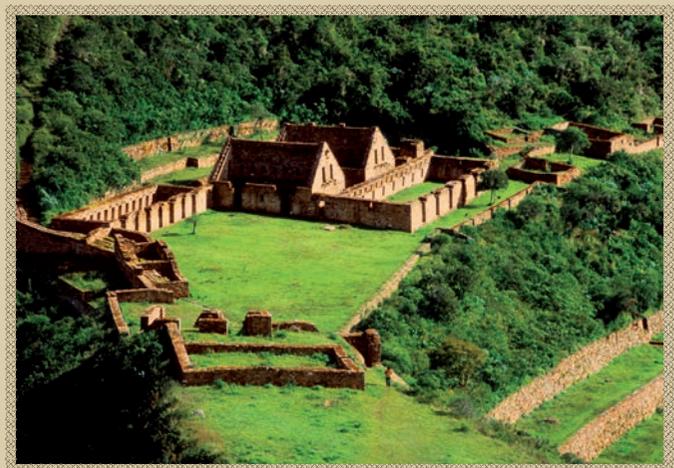
LA ESPLÉNDIDA CAPITAL del pueblo chimú, edificada totalmente en adobe y situada en la costa norte de Perú, fue durante mucho tiempo rival de Cuzco. Tupac Inca Yupanqui venció a sus belicosos habitantes en 1470, llevándose a Cuzco sus tesoros junto con sus hábiles artesanos. La vía costera inca discurre junto a Chan Chan.



MICHAEL FREEMAN / CORBIS

4 CUZCO, LA CAPITAL DEL IMPERIO

PACHACUTI y su hijo, Tupac Inca Yupanqui, hicieron de Cuzco el centro neurálgico de su Imperio, el lugar donde confluían todas las rutas que unían las regiones del *Tahuantinsuyu*. Allí se levantaba el Coricancha, el templo más importante dedicado al dios Inti, el Sol, sobre el que los españoles erigieron el convento de Santo Domingo.



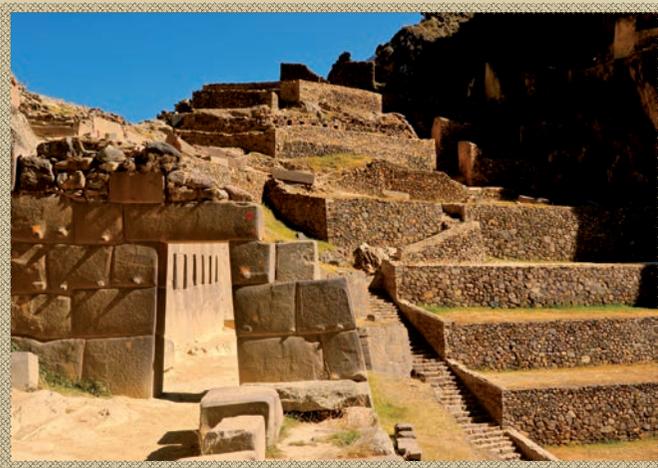
ACI

5 CHOQUEQUIRAO, EL OTRO MACHU PICCHU

LAS IMPONENTES RUINAS de Choquequirao se localizan en el valle sagrado, no muy lejos de Machu Picchu. Situada a más de 3.000 m, esta ciudadela, posiblemente construida por Pachacuti o por Tupac Inca Yupanqui, fue utilizada como puesto de control para asegurar el camino hacia Pisac, Machu Picchu y la capital, Cuzco.

El *Tahuantinsuyu* fue el Imperio más extenso de América. Su creación y mantenimiento hubiera resultado imposible sin el sistema vial que unió las cuatro regiones en que se dividía. Para los pueblos sometidos, estos caminos eran un perenne recordatorio del poder y la autoridad del Imperio inca.

VASO INCA (izquierda) con decoración geométrica y asas que representan felinos. Museo Arqueológico, Cuzco.



BITTERBACH / AGE FOTOSTOCK

3 OLLANTAYTAMBO, EN EL VALLE SAGRADO

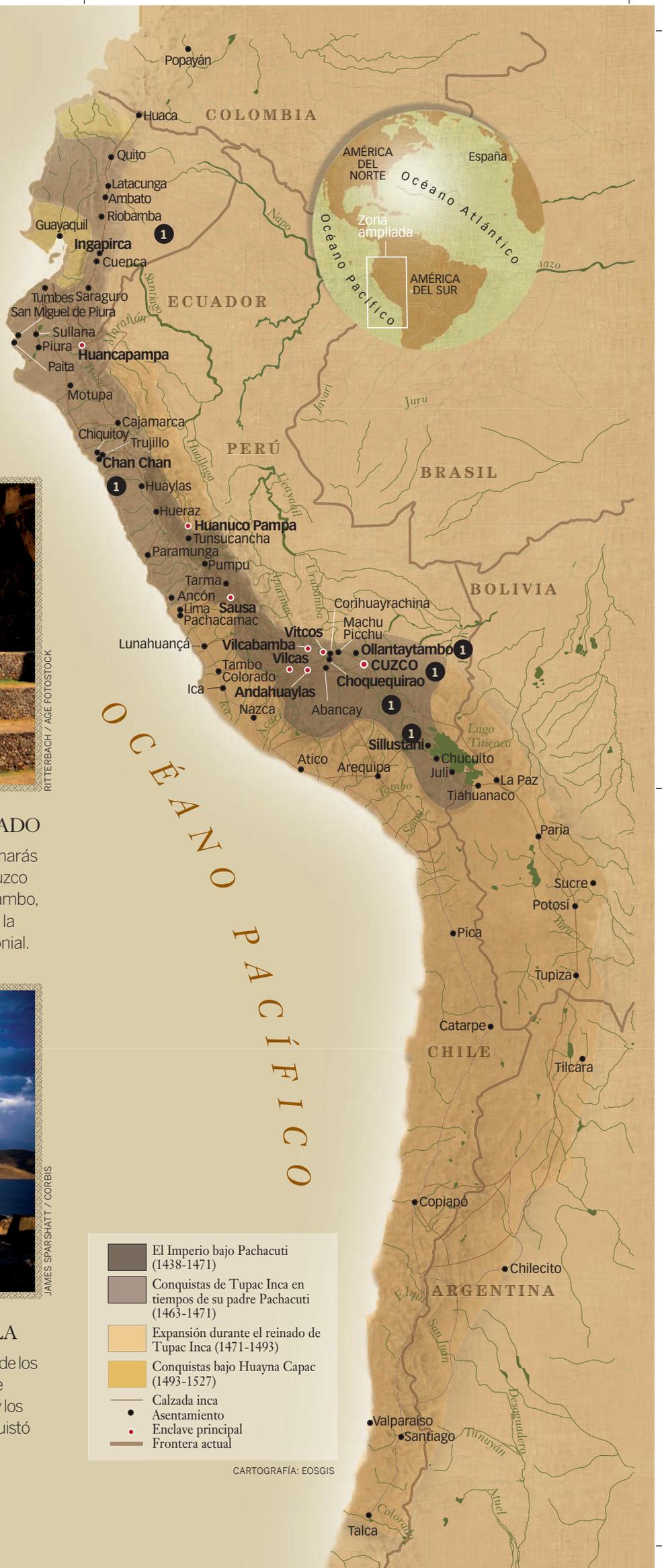
PACHACUTI tuvo que enfrentarse con los gobernantes aymaras del valle del río Urubamba para consolidar el dominio de Cuzco sobre los territorios vecinos. Tras la conquista de Ollantaytambo, a 80 kilómetros de la capital, en la vía real inca, reconstruyó la ciudad y la dotó de magníficos edificios y un centro ceremonial.



JAMES SPARSHATT / CORBIS

6 SILLUSTANI, HOGAR DEL PUEBLO COLLA

LAS TORRES FUNERARIAS (*chullpas*) de Sillustani, la capital de los collas, situada en las orillas de lago Titicaca, a 4.000 metros de altitud, fueron testigo de las encarnizadas luchas entre éstos y los ejércitos de los Incas Viracocha y Pachacuti. Este último conquistó todo el territorio del altiplano y lo anexionó al Imperio.





EL ENTIERRO DE UN MIEMBRO DE LA NOBLEZA

En el yacimiento de Puruchuco-Huaquerones, a las afueras de Lima, los arqueólogos de National Geographic Society desenterraron en tres años (de 1999 a 2001) 120 fardos funerarios (como se llama a las capas de tela que envuelven un cuerpo y su ajuar) de época inca. Las momias estaban envueltas en grandes cantidades de tela y llevaban una falsa cabeza de trapo rellena de algodón en su parte superior. El fardo que se ve aquí recibió el apodo de «Rey del Algodón» porque estaba envuelto en 135 kilos de algodón en rama. Contenía los cuerpos de un adulto y un bebé, junto con 170 objetos, algunos de uso cotidiano y otros que denotan una elevada posición.



ESTATUILLA QUE ADORNA EL ASA DE UNA VASIJA DE BARRO HALLADA EN LAS PROXIMIDADES DEL YACIMIENTO.



EL REY DEL ALGODÓN. LOS ARQUEÓLOGOS EXAMINAN EL FARDO EN BUSCA DE OBJETOS.

FOTOS: IRA BLOK / IMAGE COLLECTION

real o *panaca*, y las hacía trabajar por sus *yanacunas* o sirvientes. Del total de la producción, el Estado destinaba una parte a la comunidad local, otra al depósito de la provincia y la tercera se enviaba a Cuzco, donde se repartía entre los *curacas* y los *orejones*.

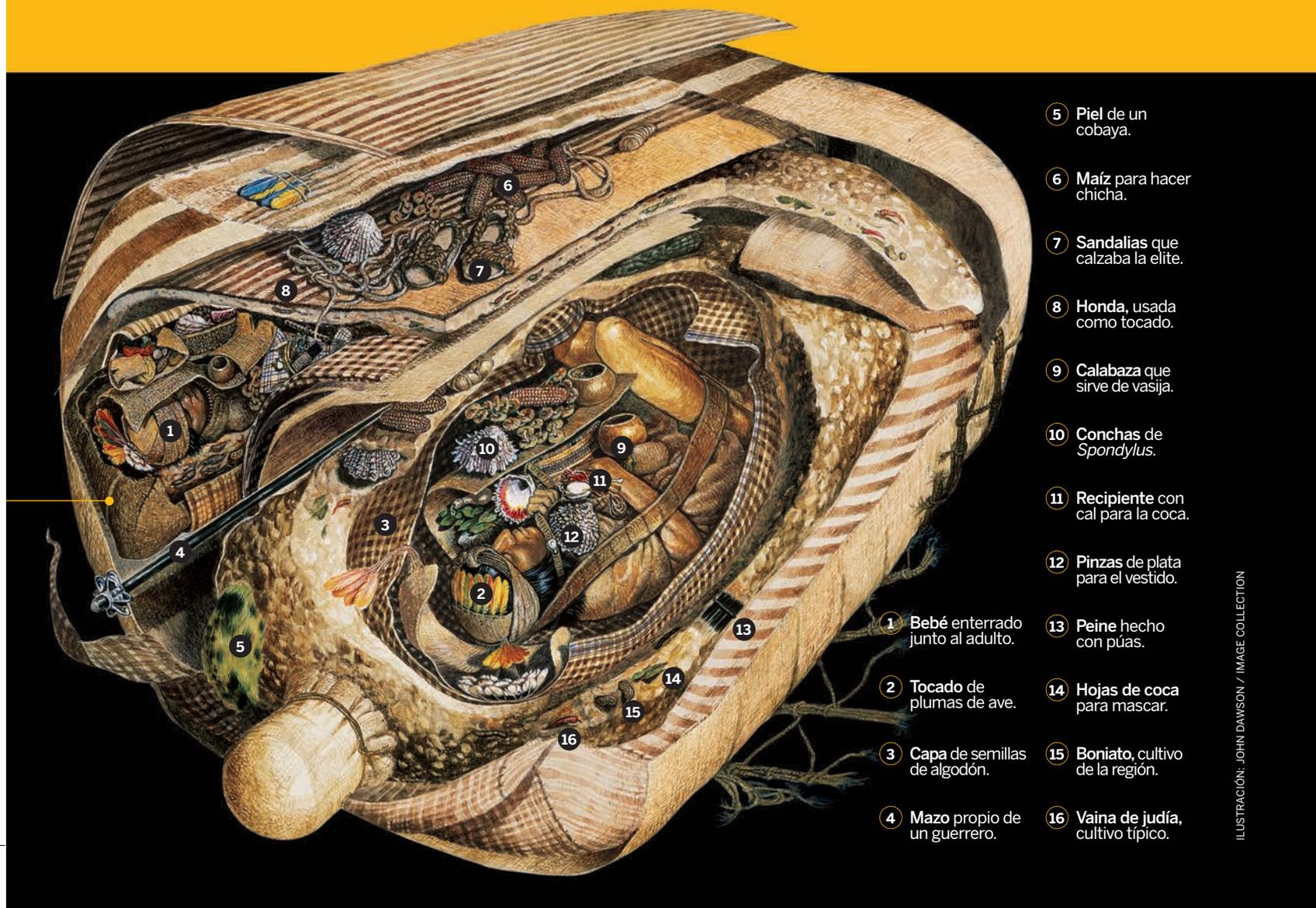
Los *hatunruna*, la «gente común», sostenían con su esfuerzo el incario. La base de la organización social era el *ayllu*, una comunidad amplia formada por las familias que descendían de un mismo ancestro, identificado generalmente con una divinidad tutelar propia. Los *ayllu* constituían la fuerza de trabajo y eran controlados por medio de un minucioso método de contabilidad basado en los *quipus*, registros en los que se consignaban las cosechas, los nacimientos, las muertes y los matrimonios, así como los efectivos del ejército y el número de quienes trabajaban en el campo y las obras públicas.

Los *hatunruna* tenían la obligación de trabajar para el Inca prácticamente desde que podían andar, según una división del trabajo por tramos de edad y por sexo, en función de la capacidad física. Los niños pequeños entregaban plumas y las niñas, flores que se utilizaban como tintes; también hacían recados o labores domésticas. Los ancianos cuidaban de los animales, y las mujeres tejían y se ocupaban de la familia y de la casa.

Pero quienes tenían más responsabilidades eran los varones casados o *purej*, de 25 a 50 años. Eran ellos quienes estaban sometidos a la *mita*, un trabajo temporal o por turnos (en quechua *mita* significa «turno») en beneficio del Inca, del cuerpo de sacerdotes o de los *curacas* de su comunidad. El trabajo se realizaba en el lugar de residencia o en otros señalados por el Estado, y podía ser muy diverso: en el campo, en la ciudad, en la alfarería, los textiles, la metalurgia, las obras públicas, etcétera. También eran reclutados por turnos para servir en el ejército.

UNA VIDA AL SERVICIO DEL ESTADO

El Estado organizaba toda la vida de los *hatunruna* desde su nacimiento. No sólo se apropiaba de su fuerza de trabajo, sino que fijaba su lugar de residencia e incluso controlaba su vida conyugal. El matrimonio era obligatorio y debía realizarse dentro de cada *ayllu*. Para evitar que los contrayentes fueran parientes directos —sólamente el Inca podía casarse con su hermana—, el *ayllu* se dividía en *hanan* (arriba) y *hurin* (abajo), y se establecía que los de arriba se casaran con los de abajo y viceversa. La poligamia estaba permitida, pero únicamente a los nobles y a los *curacas*.



- 5 Piel de un cobaya.
- 6 Maíz para hacer chicha.
- 7 Sandalias que calzaba la elite.
- 8 Honda, usada como tocado.
- 9 Calabaza que sirve de vasija.
- 10 Conchas de *Spondylus*.
- 11 Recipiente con cal para la coca.
- 12 Pinzas de plata para el vestido.
- 13 Peine hecho con púas.
- 14 Hojas de coca para mascar.
- 15 Boniato, cultivo de la región.
- 16 Vaina de judía, cultivo típico.

- 1 Bebé enterrado junto al adulto.
- 2 Tocado de plumas de ave.
- 3 Capa de semillas de algodón.
- 4 Mazo propio de un guerrero.

ILUSTRACIÓN: JOHN DAWSON / IMAGE COLLECTION

El matrimonio se realizaba en ceremonias estatales multitudinarias, en las que los jóvenes de 20 años y los jóvenes de 16 debían emparejarse. Si durante la fiesta no surgía el «flechazo», el *curaca* creaba parejas forzadas que convivían durante seis meses. Ese período se conocía como *sirvinacuy*, y si en su transcurso no florecía el amor cabía la posibilidad de separarse. Para formalizar el compromiso, según Acosta, el desposado debía poner a la joven «una otoja en el pie. 'Otoja' llaman el calzado que allá usan, que es como alpargate o zapato de frailes franciscanos, abierto. Si era la novia doncella, la otoja era de lana; si no lo era, era de esparto».

Una vez casados, el Estado facilitaba a la joven pareja una vivienda con una parcela o *tupu* y una provisión de ropa. Cada año se revisaban las concesiones y si la pareja había tenido descendencia recibía más tierra: un *tupu* si era un hijo varón y medio si se trataba de una niña. El tamaño total del *ayllu* dependía, así, del número de parcelas de sus varones. Cada matrimonio recibía también una pareja de llamas, cuya lana debía entregarse al Estado, aunque las crías podían ser utilizadas a voluntad. El *ayllu*, al basarse en el parentesco, favorecía la solidaridad entre sus miembros y proporcionaba protección a los más débiles: los discapacita-

dos, las viudas y los ancianos. Cada hombre cultivaba su parcela individualmente; pero si moría algún varón, el resto de la comunidad trabajaba la parcela del fallecido de manera altruista para que su familia pudiera mantenerse. Del mismo modo, los hombres que permanecían en el *ayllu* debían cultivar las tierras de quienes eran enrolados en el ejército.

Gracias a este sistema de organización, la agricultura andina alcanzó un grado muy notable de desarrollo. Para garantizar la provisión de agua se construyeron canales que la transportaban desde la sierra hasta la costa, regando en su recorrido las terrazas que con tanto esfuerzo los *hatunruna* edificaban en las laderas, las cuales, al estar situadas a diferente altitud, permitían obtener una gran variedad de productos. Además de la agricultura, los incas tenían rebaños de llamas, que naturalmente eran distribuidas por el Estado con las mismas normas que se aplicaban a la tierra.

INTI, EL DIOS DE LA VIDA

Para la gente común, las obligaciones no terminaban con el Inca, sino que también debían honrar a los dioses del extenso panteón incaico participando en multitudinarias y complejas ceremonias en las que no



LA EDUCACIÓN DEL PRÍNCIPE HEREDERO

El heredero del Inca era uno de los hijos varones que éste había concebido con la *coya* o esposa principal. En su infancia, el príncipe estudiaba con los *amautas* o sabios, haciendo hincapié en el complicado ceremonial y en las artes militares. Al cumplir los 16 años, el joven debía someterse a una prueba, como el resto de los muchachos, tanto nobles como plebeyos. Consistía en treinta días de ayunos, vigiliyas y duras pruebas físicas, en los que debía demostrar su destreza con las armas.

SUPERADA LA PRUEBA, durante una solemne ceremonia en la plaza principal, el Inca hacía un discurso en el que felicitaba a los que iniciaban una nueva etapa y mencionaba el honor de servir en el ejército. Después, cada joven noble se acercaba al Inca y, arrodillándose, le ofrecía los lóbulos de sus orejas para que éste las horadara con un punzón de oro; cuando la herida cicatrizase lucirían los enormes pendientes que marcaban su elevada posición social. El ritual finalizaba con la entrega de unas sandalias y un cinturón. El príncipe, además, ceñía su cabeza con una cinta de lana de vicuña, y todos los nobles le saludaban y le reconocían como príncipe heredero. A partir de entonces se le confiaban responsabilidades de gobierno.

faltaban la música ni la danza, y realizando ritos y ofrendas en las que se sacrificaban animales, principalmente llamas, y también seres humanos. Como pueblo agrícola, las divinidades incaicas estaban relacionadas con las fuerzas de la naturaleza. Así, Illapa era el dios del trueno y del rayo que controlaba la lluvia; Mamaquilla era la luna, hermana y esposa del sol; Mamacocha era la diosa de las aguas, y Pachamama la de la tierra, y su calendario de festejos se vinculaba con los principales acontecimientos del campo.

Pero el dios principal era Inti o el Sol, cuyos rayos proporcionaban la vida y el sustento a todos los seres. Con el tiempo, la nobleza lo convirtió en el dios estatal y en padre del Inca. Como deidad suprema tenía un templo de piedra para honrarle en todos los lugares del Imperio. El más excepcional fue el Coricancha, construido en Cuzco, la capital imperial. Sus paredes estaban revestidas de oro y una enorme imagen del Sol, también de oro y con incrustaciones de piedras preciosas, presidía la sala principal. El astro rey la iluminaba cada mañana, multiplicando sus rayos por las áureas paredes. Los españoles dilapidaron aquella gran obra; según Acosta, un soldado tomó «aquella hermosísima plancha de oro del sol, y como andaba largo el jue-

go, la perdió una noche jugando». Las capillas estaban recubiertas de metales preciosos, como la de la Luna, forrada de plata; las vajillas, los utensilios y las cañerías eran de oro y plata; y en el jardín que rodeaba el templo, los chimúes habían esculpido en oro árboles, frutos, hombres y animales a tamaño natural.

PROFECÍAS Y SACRIFICIOS HUMANOS

El ritual llegó a ser muy elaborado y en torno a él nació una jerarquía sacerdotal, cuyas funciones también incluían vaticinar el futuro. La respuesta la buscaban en las vísceras de las llamas, generalmente blancas, o en la atenta observación del fuego en un brasero sagrado, incluso en el movimiento de las arañas en cautividad. El mismo Huayna Capac necesitó de estos servicios para designar a su sucesor, puesto que dudaba entre sus hijos Huáscar y Ninan Cuyochi. Para dilucidar el asunto se celebró la ceremonia de la *Callpa*, en la que los sacerdotes interpretaban las entrañas de una llama. Pero esta vez no obtuvieron palabras de consuelo para el Inca, ya que los augurios fueron nefastos para ambos candidatos.

Prácticamente todas las necesidades que generaba la institución religiosa eran cubiertas por las *acllacunas*, «las elegidas». Ellas se encargaban de asistir a los sacer-



MACHU PICCHU no era una ciudad aislada, ya que el valle que la rodeaba estaba densamente poblado. Se piensa que fue un complejo administrativo y religioso, cuya población osciló entre 300 y 1.000 personas.

GONZALO ZUMENDI

dotes en las ceremonias y de preparar la comida, la bebida y la ropa. Eran hermosas niñas «de buen tallo y disposición», seleccionadas por todo el Imperio para ingresar en las *acllahuasi* o casas de las elegidas. Según Acosta, «se sacaban de catorce años para arriba, y con grande guardia se enviaban a la corte. Parte de ellas se disputaban para servir en las guacas [huacas] y santuarios, conservando perpetua virginidad; parte para los sacrificios ordinarios que hacían de doncellas, y otros extraordinarios, por la salud o muerte, o guerras del Inga; parte también para mujeres o mancebas del Inga y de otros parientes o capitanes suyos, a quien él las daba, y era hacelles gran merced». Si se descubría que alguna de estas *acllacunas* hubiera «delinquirido contra su honestidad, era infalible el castigo de enterralla viva»; al amante se le estrangulaba y el pueblo de origen de la muchacha elegida era arrasado.

Aunque el culto al Sol fue la religión oficial, cada comunidad veneraba también a las deidades locales llamadas *huacas*, identificadas con elementos de la naturaleza que desempeñaban una función protectora: la tierra, las montañas, los cerros, los lagos... El nombre se aplica también a los monumentos consagrados a las divinidades, a las que los fieles hacían ofrendas para

obtener sus favores y para que les hicieran más fácil la existencia. Según los cronistas españoles, los incas creían en la vida de ultratumba: «Comúnmente creyeron los indios del Pirú, que las ánimas vivían después de esta vida, y que los buenos tenían gloria y los malos pena». El infierno era un lugar frío, donde el único alimento eran las piedras. Ni siquiera en el trance de la muerte el Estado era compasivo con los *hatunruna*, ya que sólo los nobles disfrutaban de las mismas comodidades en el Más Allá que en la vida, incluso si no habían respetado las normas establecidas. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

Historia del Tahuantinsuyu.

María Rostworowski de Díez Canseco.
Instituto de Estudios Peruanos,
Lima, 2006

El sistema económico del Imperio inca.

José R. Villarías Robles.
CSIC,
Madrid, 1998.

NOVELA

El Inca.

Alberto Vázquez-Figueroa.
DeBolsillo, Barcelona, 2006.

TEXTOS

Historia natural y moral de las Indias.

José de Acosta. CSIC,
Madrid, 2008.

INTERNET

incas.fundaciontelefonica.org.pe/